

CLAUDIO
GIACONI

A DIFÍCIL
JUVENTUD

ediciones renovacion



LA DIFICIL JUVENTUD

Es propiedad del autor
Inscripción N° 16765

*“Me preguntaron que de donde venía
Contesté que sí, que no tenía planes determinados
Contesté que no, que de ahí en adelante”.*

Soliloquio del Individuo, Nicanor Parra.

Portada de Luis Diharce

CLAUDIO GIACONI

LA DIFICIL
JUVENTUD

EDICIONES RENOVACION

La difícil juventud

I

A LA HORA de los postres, Gabriel habló del cura de San Roque. Atento para contradecirlo, lo escuchaba su hermano, Afrodisio Alvarez, serio y rollizo muchacho, cabecera de la reducida familia. La viuda señora Alvarez estaba demasiado absorta en admirar las nuevas servilletas bordadas que había hecho.

—Este es un cura inteligente —dijo Gabriel—. Mucho más inteligente de lo que merecen sus feligreses. Es, hasta cierto punto, peligroso. Estas parroquias pobres necesitan otra clase de curas.

—Es un hombre muy instruído —declaró Afrodisio.

—¡Cuánto tienen que estudiar estos seres!— dijo la señora Alvarez, poniendo los ojos blancos.

—Conforme. Hasta el más humilde cura de aldea tiene su instrucción en este sentido —declaró Gabriel—. Pero este cura es más que todos ellos juntos. Está más allá de una simple ética clerical.

—¿Y qué hablas tú si no lo conoces siquiera?— dijo Afrodisio. Y agregó, con un destello de fatuidad en

la voz: —Yo que lo conozco no me aventuro a emitir opinión alguna.

—Hago deducciones, *mon cher*... Deducciones...

Era cesa cierta que el cura de San Roque, con estar más allá de aquella simple ética clerical aducida por Gabriel, no había contribuido, por cierto, a ganarse la simpatía de sus feligreses.

Después de asistir al servicio dicho por el cura, las ancianas arrebuajadas en los negros velos, salían gruñendo de la Parroquia. Sus almas piadosas no encontraban ningún eco en los movimientos mecánicos, desprovistos de la necesaria solemnidad, del nuevo párroco. Además... ¡el Padre Pablo se daba una prisa para decir el servicio! La única alegría en sus vidas se reducía ahora, al extremo de sentir la hostilidad de aquel hombre, que debía ayudarlas en el anhelo común de llegar al desprendimiento absoluto, en su elevación hacia el cielo. Siempre ocurría que, cuando el milagro estaba a punto de producirse, el cura rompía el sortilegio poniéndose a farfullar precipitadamente las oraciones finales. Las misas del alba, esas inefables misas de las siete, con los dialoguitos y los pelambrillos a la salida, habían perdido todo su encanto. Luego, lo que no era menos importante, el cura tenía un rostro tan serio; una verdadera máscara que no dejaba notar ninguna emoción frente al recogimiento de sus fieles.

Las gordas ancianas y todas las viejecillas que iban a mascullar el rosario a la Parroquia comprendieron que la casa del Señor se les tornaba hostil; el calorcillo acogedor había huído de ella irremediablemente. No existía ya más esa correspondencia que comunicaba a cura y feligreses, haciendo de uno y otros una sola unidad.

Un día, el cura de San Roque anunció a sus feligreses que "a partir de la semana próxima" no se haría

LA DIFÍCIL JUVENTUD

más que una comunión, a mitad del servicio. Le asistía, para tan necesaria reforma, la creencia de que para el escaso número de asistentes la comunión final estaba de sobra, ya que era casi una tentación para que las escrupulosas viejecillas que tomaban a diario el sagrado alimento, llegaran —familiares y confiadas— justo cuando al cura le entraba toda la prisa por retirarse pronto a sus habitaciones, propiedad parroquial.

Como era de esperar, esta nueva disposición no tuvo entre las viejecillas una buena acogida. Tal fué que, al finalizar la misa, se reunieron a la salida de la Parroquia y se lamentaron y rezongaron, expresando en todos los diapasones su disgusto. En los gestos de las rebeldes había nostalgia. Añoraban aquellos tiempos ya idos, cuando la Parroquia era como la casa propia. ¡Qué bien se sentían oyendo los piadosos exordios del antiguo párroco, sus historias! En cambio, éste salía con las palabras de un profeta llamado Isaías y, por Dios que tal señor no era nada angelical y que hablaba todo el tiempo como si estuviese enojado.

La señora Alvarez, al día siguiente en que terminara sus servilletas bordadas, acudió, según su costumbre, a la primera misa. En esta ocasión, un pequeño incidente protagonizado por el nuevo párroco, vino a rematar la fama de excéntrico que en tan poco tiempo se había ganado.

Durante el almuerzo —la hora del consejo de familia —la señora Alvarez a duras penas podía retener su lengua. Gabriel, que la observaba, comprendiendo el valor de su abstinencia, le facilitó el pretexto para que se desatara. Fué una oportunidad que ella aprovechó de inmediato, diciendo que el cura de San Roque se estaba portando de una manera escandalosa con sus feligreses.

—¿Qué pasó? —preguntó Afrodísio.

—¿Que qué pasó? La señora Ugarte...

CLAUDIO GIACONI

—¿Quién es la señora Ugarte? —dijo Gabriel, aunque no le interesaba gran cosa saberlo.

—La madre de don Juan, pues, hijo —respondió la señora Alvarez.

—¡Ah! Esa viejita que apenas camina. Bueno, ¿y qué pasó?

Figúrense que en la mañana quiso confesarse, pero el Padre Pablo la miró de arriba a abajo y le dijo: “Y qué pecados puede tener usted”...

Gabriel lanzó una carcajada. Afrodisio frunció el entrecejo y dejó a medio trayecto una cucharada de caldo que se llevaba a la boca. Reflexionaba. Devolvió la cuchara al plato y preguntó:

—¿Será verdad eso?

—Así me lo dijeron —dijo la señora Alvarez.

—Ya veo —dijo Afrodisio—. ¿Lo supo por la señora Ugarte en persona?

—No, pero...

—¿Para qué dilucidar si el cura realmente dijo eso a la señora Ugarte? —intervino Gabriel—. Lo que importa es que llegado el caso lo diría... ¡Este cura vale en oro lo que pesa! —agregó sin cesar de reír.

Afrodisio le dirigió una mirada en la que no había ni reproche ni adhesión. Lo miró objetivamente, como buscando en él los motivos de su risa; ver —tal vez— si podía compartirla y buscando, al mismo tiempo, un argumento concluyente para la barrabasada del Padre Pablo allí en el rostro risueño de su hermano.

—Parece que tiene sus rarezas —concluyó Afrodisio, llevándose a la boca la interrumpida cucharada de caldo.

Y todo quedó en este punto. Durante el almuerzo, la familia Alvarez no volvió a mencionar el incidente ocurrido con la señora Ugarte.

En cambio, Gabriel se fué esa tarde a la oficina,

LA DIFÍCIL JUVENTUD

pensando en la humorada del cura. “Yo, en su caso, habría procedido del mismo modo” —se dijo. El Padre Pablo confirmaba todo el interés que instintivamente venía sintiendo por él. A sus oídos llegaban los rumores de que había sido artista antes de tomar los hábitos sacerdotales y, por de pronto, según se decía, tocaba el violoncelo con bastante habilidad.

“Este clérigo tiene una vida interior rica y complicada —se dijo, al pasar frente a la Parroquia—. Pensamientos graves y profundos anidan en su cabeza. El servicio es una rutina... ¡Lo compadezco! Un hombre atormentado por ideas que no entendería ni uno sólo de sus feligreses, mientras él tiene que ofrecerles a diario el servicio religioso. Es para volverse loco... ¡Pobre cura! No creo que su talento tenga un buen porvenir por aquí. Le van a hacer la vida imposible. Las lenguas ya se han desatado contra él”.

Estaba visto que las relaciones sociales no eran más que sordos resquemores cubiertos por un barniz de amabilidad.

II

El Padre Pablo ocupaba una pequeña casa, contigua a la Parroquia. No debía sentirse muy satisfecho de su aislamiento —del cual él mismo había hecho no poco para ganárselo— ya que había invitado a la señora Alvarez y a su hijo Afrodisio para pasar una velada en su compañía. Fuera de ellos no había en el vecindario gente que estuviese a buena altura para sostener una conversación culta con tan encumbrado personaje. Y con este pensamiento, Afrodisio y la señora Alvarez aceptaron la invitación.

Aunque la invitación no incluía a Gabriel, éste deseó unirse a ellos, pues se impacientaba por conocer al

Padre Pablo, diciéndose que una oportunidad como aquella no volvería a repetirse. Afrodisio opuso resistencia a llevarlo, pero Gabriel porfió tanto que se resignaron por fin a cargar con él.

Al recibirlos, el cura les hizo uno de aquellos saludos de una persona que no se ha detenido a preguntarse si sus invitados faltarían y que, tampoco, iría a agitarse o a ponerse nervioso en caso de que faltasen. Pero al notar la presencia de una tercera persona que no esperaba, pareció detenerse a pensar algo. Dijo: "Este es Gabriel, supongo", luego de dirigirle una atenta mirada. Ambos, por un momento fugaz, se miraron a fondo. "Un hombre un tanto estragado", pensó Gabriel, aunque se dijo que no parecía ser la clase de estrago causado por el excesivo ayuno. Descubrió en su rostro un cansancio que estuvo más pronto a atribuir a ciertas libaciones secretas. Sintió que los ojillos lo miraban otra vez. "Unos ojillos duros, que no tienen exactamente un mirar bondadoso" —pensó.

—Pasen, pasen —dijo el Padre Pablo—. Pase, Gabriel... ¿O es que usted no pasa?

Se miraron por segunda vez, con obstinación, como cuando el cazador se enfrenta con su presa: "Diríanse los ojos de un inquisidor venido a menos" —pensó Gabriel, estrechando la mano del Padre Pablo.

La salita a que pasaron era una mezcla de estudio, de comedor y consultorio médico, pues había en ella, además de un canapé forrado en tela blanca, una lámpara cromada, pequeña y puntiaguda. Los sillones de cuero, un escritorio de cortina corrediza y un estante repleto de libros completaban los haberes de la sala.

—Es para diagnosticar a mis pacientes —dijo el Padre Pablo, viendo que Gabriel observaba la lámpara cromada.

¿Qué pacientes? —dijo Gabriel, perplejo. Y se pre-

guntó: "¿A qué pacientes se referirá? ¿Es una broma?"

Pero el cura no era aficionado a hablar de sí mismo. Se expresaba con dificultad. Las palabras acudían con lentitud a sus labios y, a veces, acudían cuando ya no le interesaba decir nada.

—¿Qué pacientes? —insistió Gabriel, sintiendo encima las miradas de su madre.

—Soy médico iriólogo, ¿no lo sabía? Tengo consulta de tres a cinco.

Luego, con su voz lenta, el cura desvió la conversación hacia tópicos generales. Era lo que Gabriel temía: que la velada se convirtiese en una reunión de gentes insípidas y respetuosas de la urbanidad. Abrigió ciertas esperanzas cuando el Padre Pablo trajo de la despensa una botella de vino añejo. La familia Alvarez estuvo unánime en encontrarlo delicioso. Gabriel, además, tuvo sospechas de que fuese el vino que se ocupaba en la Parrquia en el momento de la Consagración. Poco después, sus sospechas se confirmaron, cuando el cura respondió al entusiasmo de sus invitados diciendo que ese vino lo bebía a diario al decir misa y que, por este motivo, hacía tiempo que le había hostigado.

—¡Es delicioso! —dijo Gabriel sin poder dominarse.

La señora Alvarez y Afrodisio se abstenían, en cambio, de todo comentario. No les parecía nada natural estar bebiendo un vino sagrado en tales condiciones. Gabriel, por su parte, celebraba no tanto el vino como la despreocupación del cura por el juicio que pudieran formarse respecto a él.

Con su vaso de vino, Gabriel se había arrinconado cerca del estante. Tenía curiosidad de conocer la clase de libros que leía el Padre Pablo. Lo que primero llamó su atención fué la ausencia de libros sagrados. Aparte de una Biblia empastada en cuero rojo, todo lo que había allí eran obras de literatura. Estaban Verlaine y Bal-

zac, Hegel y Spengler. Pero fué una edición francesa de *Las Flores del Mal* lo que causó a su espíritu la mayor perplejidad. Luego —¡qué contraste!— allí estaba él, ante sus ojos, fumando con fruición y relatando cosas baladíes.

Su esperanza de que el cura se revelase tal cual era, sin que bailara al son de la cuerda tácitamente impuesta por sus invitados, se vió de pronto reducida a la nada, pues el Padre Pablo, lejos de evitar los lugares comunes, los mismos lugares comunes de siempre, parecía provocarlos. La señora Alvarez habíase repuesto de la impresión que el vino añejo había traído consigo. Miraba obstinadamente hacia un hueco formado entre el escritorio y la pared.

—¿Ese es el violoncelo? —preguntó.

—Sí —dijo el cura.

—¡Qué grande es! —observó.

—Hay instrumentos más grandes —dijo Gabriel, con mal humor, desde su sitio.

—Tiene que tocarnos algo —sugirió Afrodísio, obediendo a una inspiración súbita—. La noche no sería completa si no lo oyéramos tocar. —Y, señalando a Gabriel con el objeto de sacarlo de su rincón, dijo: —Aquí tenemos a un gran entendido en música.

El cura accedió a la petición con docilidad. No opuso resistencia. Hasta podría pensarse que estaba esperando que se lo pidieran. Desnudó al violoncelo de su estuche y comprobó una por una la tonalidad de las cuerdas, entornando los párpados mientras lo hacía. Gabriel, repentinamente interesado, se incorporó a medias en su rincón. De pronto, se desprendió del instrumento un ronco y prolongado quejido, que se mantuvo, indeciso, dubitativo, en la atmósfera de la sala. Afrodísio y la señora Alvarez bajaron los ojos: así se escuchaba mejor. Gabriel permaneció aguardando en su rincón; abo-

ra, erguido y tenso. Pero no, el cura ya no afinaba las cuerdas. Era una melodía, que sorteaba escollos, saltaba obstáculos y que, como aquellos arroyuelos nacientes —inseguros aun de su curso— se afanaba por enriquecer su cauce, hasta desembocar en una especie de torrente, que podía ya ofrecer una pista al auditor experimentado; al menos, para llevarlo a descubrir que se trataba del *Ave María* de Gounod, aunque a diferencia del arroyuelo, despreocupado ya y convertido en río, la melodía continuaba recelando escollos, siendo un monacorde lamento que tornaba a volver una y otra vez sobre el mismo tema.

Se encajonaban las profundas notas del violoncelo en la estrecha pieza; luchaban por escapar, por la ventana, por cualquier rendija. No conseguían su objetivo, y, luego, venían en tropel las otras notas, entrando en colisión con las precedentes, aun no extinguidas. Afrodisio presintió que algo no andaba bien. Buscó consulta en el rincón, donde se encontraba su hermano, pero éste no hizo gesto alguno. Bajó nuevamente los ojos, aunque pensó: “¡Qué excentricidades!”

Gabriel sintió, de pronto, violentos deseos de romper a llorar y como toda la atención estaba puesta en el cura y éste sólo se concentraba en su instrumento, se incorporó y llenó su vaso hasta el borde. La señora Alvarez había estimado que levantar los ojos no desdecía de su aire de recogimiento. En efecto, se había quedado medio embobada, contemplando los dedos del cura que manipulaban entre las cuerdas. Afrodisio había permanecido con los ojos bajos hasta que la nota final vino a silenciar al instrumento.

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! —dijo la señora Alvarez.

—Este es un instrumento muy difícil —explicó el

Padre Pablo, dejando el violoncelo en su sitio y tirando la funda junto a él.

La velada había terminado, dentro del decoro impuesto por la más severa urbanidad. Cuando estuvieron de regreso a casa, la señora Álvarez decía: "Si no parece cura. ¡Qué de cosas sabe! Y... ¿se fijaron? ¡Qué historias tan entretenidas!" Afrodisio confirmaba los juicios de su madre con reposados movimientos de cabeza.

A su lado, Gabriel no decía palabra. Caminaba taciturno y algo ebrio, pero como era de vino de misa nadie le reprochó nada.

III

Era fácil suponer que aquel domingo se tendría algún invitado para el almuerzo en casa de Afrodisio Álvarez, a juzgar por los insólitos preparativos.

Desde las primeras horas de la mañana, pudo advertirse que la señora Álvarez corría de un lado para otro, puliendo hasta la saciedad los pequeños floreros plateados —herencia familiar— y persiguiendo encarnizadamente pelusillas, partículas de polvo y minúsculas manchitas en las cortinas del salón.

Afrodisio Álvarez había acudido temprano a la misa de la vecina Parroquia de San Roque. Esto significaba que después pasaría a comprar alguna botella de "cordial" y a regodearse con algunas compritas de rotisería.

Arriba, despertaba recién Gabriel. Del piso bajo venía ruido de pasos en incesante movimiento. "¿Para qué esta actividad de hormigas?" —se preguntó. Del velador cogió un libro sobre misticismo y se lo puso a leer, escogiendo una página al azar. De pronto, lo tiró lejos, exasperado. Lo asqueaba la sequedad de los psicólogos al opinar sobre estados no racionales del alma. El

LA DIFÍCIL JUVENTUD

no podía adherirse al frío análisis científico sobre el mundo de la pura vivencia espiritual.

Haciendo caso omiso de la pesadez que lo invadía, tuvo el desprendimiento de decirse: "¡Qué emprobecedora idea! Los científicos y algunos filosofastros se encuentran empeñados en reducir al hombre a una especie de mapa geográfico, en donde todo se puede ubicar a simple vista". Feliz con este pensamiento se incorporó a medias en su cama, para prorrumpir con aire retador: "¡A trabajar duro científicos! ¡El hombre se os escapa!" Se dispuso a escribir tan inspirada idea, pero el esfuerzo que hizo para alcanzar el lápiz sobre el velador, le actualizó de pronto toda su flojera y con gesto de indolencia terminó por exclamar: "¡Qué importa!" Vuelto a su anterior estado de ánimo —más o menos el habitual— se arrellanó en el combado lecho, que tomaba las formas de su cuerpo con un mimetismo perfecto, y se quedó con los ojos clavados en el cielo raso, como muerto.

Después de permanecer en esta posición por espacio de un hora larga, Gabriel pensó que no había otra cosa mejor que saltar de la cama. Y así lo hizo. Cuando estuvo listo, bajó la escalera, fumando con desgano un cigarrillo. Se dirigió hacia la cocina. Allí, su madre batía una crema, que por ningún motivo habría confiado a otras manos, pues se preciaba de tener habilidad en tales materias, bien que sus cremas resultaran, a veces, bastante desabridas. Gabriel le preguntó quién era el invitado.

—El Padre Pablo.

—¿El Padre Pablo? —dijo Gabriel, con ironía apenas perceptible. "Se han olvidado pronto las excentricidades del nuevo párroco" —pensó.

—Sí, el Padre Pablo. Es para retribuir la invitación que nos hizo la semana pasada, pero, por favor, hijo, pórtate como es debido durante el almuerzo.

—Sí... Sí... Sí... —dijo distraídamente Gabriel, sa-

CLAUDIO GIACONI

liendo a su acostumbrado paseo dominical.

Al pasar frente a la Parroquia percibió un olor inconfundible: olor a multitud encerrada. Las campanillas sonaban con un tintineo que parecía invitarlo a entrar, pero él siguió su camino con una sensación de indefinible, denso aburrimiento.

En tanto, Afrodisio Alvarez había llegado a casa cargado de paquetes. Se había sentado en su sillón preferido a esperar la llegada del cura con ansiedad creciente. Debía ocurrírsele una ocupación más atenuante que llevarse mirando el reloj a cada segundo. Había ensayado la lectura del diario, pero estaba nervioso: no podía concentrarse. Finalmente, puso los *valses* de Strauss en el radiofonógrafo, atendiendo a que el cura de San Roque podía llegar de un momento a otro; visto que el Padre Pablo sólo gustaba de la buena música.

Después de una espera lacerante, el cura llegó por fin. Afrodisio y la señora Alvarez salieron a recibirlo y el Padre Pablo los saludó sin aspavientos. El personaje inspiraba tanto respeto, que la señora Alvarez, después de mucho titubeo, le ofreció tímidamente algunos aperitivos, los que el Padre Pablo aceptó de inmediato.

Cuando llegó Gabriel, la señora Alvarez y Afrodisio se encontraban erguidos en sus asientos, mientras el cura de San Roque sonreía como extrañado de los honores de que era objeto. Evidentemente, la señora Alvarez estaba ansiosa por ver llegar a Gabriel, pues exhaló un suspiro de alivio cuando éste entró en el salón. El cura había levantado sus pesados párpados para mirar al recién llegado.

—¿Qué dice el mundo? —le dijo, a modo de saludo. Gabriel presintió algo desafiante en estas palabras

y optó por no responder. Hizo un cortés movimiento de cabeza y fué directamente a sentarse al sofá, frente al cura. Se esperó pacientemente la voz para pasar de una vez al comedor y empezar a engullir como reemplazo a la escasez de conversación. Todos estaban a la espera de lo mismo, aunque nadie se atrevía a manifestarlo. La señora Alvarez hasta ese momento, como prueba de buen gusto, había puesto más empeño que nadie en olvidarlo. Pero cayó en la cuenta de que el momento había llegado.

—Pasemos al comedor —dijo con voz solemne. El invitado y los anfitriones se pusieron en movimiento.

Durante el almuerzo, la conversación se animó, ya fuera porque Gabriel no tenía apetito o porque el Padre Pablo picoteaba los guisos con una lentitud no prevista, permitiéndose entre bocado y bocado largas insertaciones. La charla giró alrededor de un solo tema: los santos y sus derivaciones, los estados de trance y, como consecuencia lejana, algunos casos pintorescos de experiencias telepáticas. Gabriel no desaprovechaba ninguna oportunidad para constituirse en opositor. El cura contó la historia de una muchacha de un pueblo del sur —una campesina de Curanilahue— a la que habían aparecido estigmas en las manos.

—Cosas de la ignorancia, Supersticiones —expresó Gabriel.

—¡Cuidado! No se engañe con la fe popular —dijo el Padre Pablo— mire que es una de las más robustas.

—Tonterías...

Sintió que su madre le daba un pisotón por debajo de la mesa. Afrodisio miraba al cura y a Gabriel como midiéndolos y asumía la actitud silenciosa, falsamente distraída, que adoptaba siempre que su intelecto recibía algunas luces. Y como paliativo a la mala impresión que causaban las indiscreciones de su hermano, Afrodisio

dió curso a algunas de sus inquietudes reformadoras, las que fué sometiendo al criterio del Padre Pablo. El caso, es que condenaba los excesos del día, en especial, la falta de respeto y la impropia vestimenta usada para asistir a la iglesia.

—Es para indignarse, Padre Pablo. Cualquiera que se ponga a la entrada de una iglesia, ve que el ochenta por ciento de las mujeres va con los brazos desnudos y en cuanto al velo, yo diría que el noventicinco por ciento... Se hacen sermones recordando a las mujeres que se debe ir con las mangas bajo el codo y cubiertas del velo, pero como si nada... —Y volviéndose súbitamente hacia el invitado, le espetó: “¿Qué opina usted de esta relación en las costumbres?”

El Padre Pablo bebía en ese momento una copa de vino y se sentía del mismo modo que cualquier persona, en cualquier latitud de la tierra, a la que no dejan almorzar tranquila.

—¿Qué? ¿Qué dice? —exclamó casi con susto.

Gabriel no le quitaba los ojos de encima. “¡Cuánta complacencia hay en todos sus gestos! ¡Qué lejano parece sentirse!” —pensaba.

—Volviendo a los santos —dijo Gabriel, a quien no agradaba la cara de entierro de los presentes— yo opino que son unos neuróticos... —“¡Neuróticos!”, dijo el Padre Pablo en un sobresalto. La señora Alvarez se revolvió intranquila en su silla y lo miró con enojo. Afrodisio se atragantó con un pedazo de pan y tosió una lluvia de migajas—. Bien mirado, la santidad no es una renunciación voluntaria, fruto de un espíritu superior; me inclino a creer que es el fruto de ciertas deficiencias. Creo que el que pensara que a un santo le cuesta menos ser santo que a un asesino ser asesino, no se equivocaría del todo...

El cura había abandonado su copa de vino, habien-

do desaparecido su aire ausente como por encanto.

—¿Sabe que...

—...porque lo que determina la elevación de un santo es su anormalidad.

—...lo que usted está diciendo es una herejía?

La señora Alvarez esta vez apenas pudo ahogar una exclamación de rabia. De modo que, las extravagancias anteriores de su hijo no eran lo peor; por añadidura era un hereje...

—Hay temperamentos linfáticos —continuó Gabriel sin inmutarse— que desprecian la acción sólo porque entre sus características fisiológicas existe alguna que los obliga a la languidez...

—¡Es el caso de los intelectuales como usted! —intervino el Padre Pablo, con una prontitud que hasta ese momento no se le conocía.

—...y a la contemplación provechosa, si estos seres como yo, son inteligentes —Gabriel se quedó reflexionando sobre sus propias palabras con una sonrisa progresiva.

—¿De modo que niega usted en los santos la gracia de Dios?

—Evidentemente.

—¿Y la fuerza moral para no caer en la tentación? —preguntó el Padre Pablo con un aire de triunfo, al mismo tiempo que no cabía en sí de asombro.

—No hay tal fuerza, como ya se lo he dicho —dijo Gabriel. Puso sus ojos en posición neutra. Temía encontrarlos con los de su madre y con los de Afrodiseo—. Si la tentación reviste la forma carnal, yo mismo no debo hacer un gran sacrificio para no caer en ella, porque —como llaman los psicólogos— soy frígido, ¿ve usted? Y dígame, ¿habría de ser santo entonces?

—Antes que nada debo decirle una cosa —el Padre Pablo hablaba con severidad— si quiere reflexionar

con provecho sobre la vida espiritual, olvide, la psicología. Yendo con ella sólo va a encontrar contradicciones...

En efecto. Gabriel recordó que el libro que leyera en la mañana se le había hecho intolerable.

IV

En los días venideros no se habló del cura de San Roque en casa de Afrodísio Alvarez. La familia, por tático acuerdo, rehuía el tema, pero de manera velada caía indefectiblemente en él, demostrando así que constituía su único pensamiento. Afrodísio se mostraba satisfecho de tener en el cura un adversario de su hermano, que esgrimía tan satánicos argumentos; éste, por su parte, había experimentado un viraje profundo en su apreciación del Padre Pablo. Estaba muy lejos de considerarlo como aquel Caballero de la Fe del que hablaba Kierkegaard.

Gabriel tenía la impresión de estar pisando un terreno que se esfumaba bajo sus pies. No sabía a qué atenerse, pasaba los días descontento; apenas comía. "Debes cumplir con Dios si quieres que te vaya bien en tus asuntos" —le repetía su madre, cada vez que lo notaba cabizbajo. El no deseaba que le fuera ni bien ni mal; le era del todo indiferente. Pero se sentía urgido a poner solución a su estado de incertidumbre. Cualquiera cosa era preferible a continuar tal como estaba.

Animado por el propósito de poner fin a sus males metafísicos, concibió la idea de visitar al Padre Pablo y con este objeto se puso a pensar en los pretextos que debía inventar para hacer su visita menos reveladora. "Después de todo, tal vez me haya engañado respecto a él" —se dijo.

Cierta noche, después de comer, decidió olvidar sus escrúpulos e ir a casa del cura, aunque sin pretexto, ya

que no había encontrado ninguno. En este punto, pensó que su visita debía hacerla con humildad y que los pretextos eran innecesarios para una visita de tal naturaleza. De todos modos, al llegar a casa del cura vaciló mucho antes de llamar a la puerta. Lo mejor era saludarlo con naturalidad, como si nada ocurriera, sólo que por ir caminando y pasando frente a su casa, había sentido el impulso de llamar a su puerta. Llamó a la puerta. Debió esperar muy poco. El Padre Pablo en persona salió a abrirle.

—Buenas noches —lo saludaba como si lo hubiera estado esperando—. Pase, pase...

Gabriel deseó que se hubiera sorprendido, pero el rostro del cura no dejaba transparentar emoción alguna. Entró a la pequeña sala de recibo. Allí se sentó atónadamente sin esperar invitación.

—¿Quiere una taza de café? —ofreció el Padre Pablo.

—Encantado. Siempre que lo preparemos por nuestras propias manos. Es maravilloso preparar café, ¿no le parece? En una cocinilla, como los personajes de *La Bohème*...

Ajá...

El Padre Pablo encendió la cocina y puso la cafetera sobre el hornillo. “¡*La Bohème!*... ¿Por qué estoy hablando como un idiota?” —se dijo Gabriel. Prefirió no tomar parte en los preparativos: apoyado en el dintel de la puerta, permaneció absorto, maravillándose de la destreza del cura. La voz del Padre Pablo lo trajo a sí mismo. Señalando la cafetera, dijo:

—El que vive solo debe hacerlo todo con sus propias manos.

—Yo no sé preparar café —dijo Gabriel, enrojeciendo.

—Yo aprendí cuando era estudiante en Bellas Artes.

—¿Ah sí?...

—Ahí en el pasadizo puede ver algunos cuadros míos...

En su primera visita, Gabriel había reparado en unos óleos. Dos de ellos representaban paisajes nocturnos, con gran claridad lunar y, un tercero, parecía ser el estudio del pintor. Recordó que había pensado: "Probablemente sean bocetos para obras futuras".

No hizo ningún comentario. En ese momento, el cura retiraba la cafetera del hornillo y lo invitaba a la salita. Se sentaron y bebieron en silencio. "Con que además pintaba cuadros" —se dijo. La calma era completa. El único ruido que la turbaba lo producían los labios al beber el café hirviente. Ahora, en presencia del cura, Gabriel se había olvidado para qué había ido. El Padre Pablo no parecía sentir extraño el silencio reinante: hundido en su sillón sólo se aplicaba a la bebida de su café, cuidando de no quemarse. En cambio, Gabriel no se estaba quieto. Quiso romper el silencio y entablar conversación, aunque sin plantear el motivo de su visita tan de buenas a primeras. Escogiendo un tema que no estaba, en el fondo, distanciado de lo que se traía en mente, dijo:

—Estoy leyendo *Las Confesiones* de Rousseau —habló en forma atropellada y esperó atento, hasta ver una reacción en el cura.

El Padre Pablo dejaba en ese momento su taza sobre la mesita y encendía un cigarrillo. Miró a Gabriel a través de la voluta de humo, que entró a su ojo derecho, haciéndolo lagrimear. El escozor en el ojo impidió que el cura dijera palabra alguna. Con el pañuelo frotó suavemente, casi amorosamente, el ojo humedecido. Una vez seco, miró con atención a Gabriel y su rostro tomó

la expresión de haber recordado algo.

—¿Y no lo aburre Rousseau?

Gabriel comprendió que no era más que una pregunta de compromiso.

—De ninguna manera —dijo, algo sorprendido—. Muy pocas veces es posible conocer un hombre tan noble a través de un libro.

—Y muy narcisista, por añadidura —dijo el Padre Pablo.

—¿Narcisista?... Un incomprendido, un hombre que disparó demasiado alto para la frivolidad de sus contemporáneos: eso es... Usted ve que los enciclopedistas puros son letra muerta, en cambio, Rousseau está presente a cada paso. El lo revolucionó todo...

—Ese es el caso —dijo el Padre Pablo con voz fatigada—. Personalmente desconfío de las revoluciones espirituales y hasta opino que ni siquiera existen. Yo soy de los que creen que no hay nada nuevo bajo el sol. Lo que usted llama revolución, yo lo llamo devenir histórico... En fin, usted está aún en sus veinte años. Espere llegar a los cuarenta... —y luego, cambiando repentinamente de tono: —¿Ha leído usted a Voltaire?

Gabriel no pudo disimular su molestia por el giro que tomaría la conversación, habiéndose metido Voltaire de por medio.

—He leído dos o tres de sus novelas —respondió de mala gana.

El cura no tomó debida nota del desasosiego de Gabriel, porque aseguró que el espíritu de Voltaire era más lúcido, más perspicaz y que había hecho a Rousseau objeto de muchas bromas. Gabriel apenas podía dar crédito a sus oídos. Escuchaba con una especie de horror.

—Usted, Gabriel, está en la edad de los entusiasmos. Cualquier reforma parece fácil a su edad y hasta

útil y necesaria. Se sueña mucho. Yo, en cambio, hago lo posible por no complicarme la vida.

“¿Cómo pude engañarme tanto respecto a éste cura? —pensó—. De hecho, no es más que un burgués con sotana. Le importa un bledo la sinceridad en las creencias de sus feligreses, a condición que el dinero desembolsado en bautizos, matrimonios y funerales sea lo suficiente para asegurarle una vejez acomodada”.

Pero Gabriel perseguía una redención de sí mismo, una confesión sin confesionario y, por ende, sin confesor, que lo redimiera de su antigua soberbia. El resultado de ésta era palpable: sólo lo había reducido a una completa bancarrota. Y para el caso, pensó que el cura era la persona doblemente indicada para hacerla depositaria de su confesión, dado que su actitud hostil exaltaba la humildad de sus nuevos propósitos.

—No tengo reposo ni un minuto al día —empezó diciendo Gabriel—. Es como cuando se siente la compañía de alguien, se percibe hasta su olor particular; se mira y no se ve a nadie. Sin embargo, uno tiene la certeza de que es observado. No crea usted, Padre Pablo, que mis herejías —esbozó una sonrisa— corresponden a mi realidad espiritual; son una manera de aliviarme. ¿comprende? Esa presencia de que hablo la siento casi en mi carne y me atormenta... La verdad, es que no sé qué hacer...

Las palabras de Gabriel habían despertado el interés del cura. Lo escuchaba con los músculos faciales tensos y, de vez en cuando, su cuello atacado de tortícolis hacía signos de afirmación.

—Estoy llegando a la conclusión —prosiguió Gabriel— de que soy como aquel personaje literario, no

LA DIFÍCIL JUVENTUD

recuerdo de qué autor, que empezó a cargar sobre sus espaldas todas las calamidades de los demás... Las Escrituras son bastante claras en este sentido. Ellas dicen que habrá fenómenos extraños que confundirán a los hombres de ciencia, que habrá catástrofes y cataclismos, guerras y rumores de guerras, hambres y epidemias y, sobre todo, el ateísmo que vendrá a ocupar en la vida de los hombres lo que antes ocupaba la fe... ¿No se ha preguntado alguna vez, Padre Pablo, de que estos son los tiempos señalados por las Escrituras?

—¿Los tiempos para qué? —preguntó, sin entender el Padre Pablo.

—Este es el pensamiento que no me deja vivir —dijo Gabriel, soslayando la fisga del cura y hablando, ahora, inclinado hacia adelante, con una voz casi confidencial.

El Padre Pablo lo observaba con interés, pero se advertía en su mirada una vaga expresión de rechazo.

—El mundo no es tan malo como usted cree —dijo, una vez que comprendió a donde iba a parar su visitante, haciendo esta objeción para dejar bien en claro que no simpatizaba con sus ideas—. Además, el hombre es bueno en el fondo.

—Perdóneme, primera vez que oigo una cosa semejante. ¿Usted cree que aquella bondad del hombre sea suficiente para solucionar todo el revoltijo que ha hecho? ¿No cree que ya excedió sus posibilidades, que sus obras ya no obedecen a su control, que andan por su cuenta y que hasta se están volviendo contra él mismo? Creo que ya nadie puede solucionar nada aquí; todo está demasiado revuelto. Las soluciones que ofrecemos son arreglos momentáneos, nada más: de ellas se derivan nuevos problemas y nuevos enredos. ¿Quién es el que va a poner paz en todo esto?

—Usted lucha con la fe, Gabriel —dijo el Padre Pablo,

con el propósito de poner fin a la conversación—. Déjese conquistar por ella con más suavidad. La fe es algo esencial, pero no toma formas suntuosas o trascendentales, por cuanto si así fuera se apartaría del carácter humilde sin el cual no puede existir. Usted me hace pensar en San Agustín antes de su conversión. Le daré algo que le será de gran utilidad —se levantó y tomó del estante la Biblia de empaste rojo—. Tome este libro. Léalo, medítelo con calma, que le solucionará muchas cosas y, sobre todo, lea con humildad...

“¿Humildad? —pensó Gabriel—. ¿Y no ha sido humildad, todavía más, humillación, confiar en un ser que de antemano está contra uno?”

—No lo olvide; con humildad —repitió el cura y alzó su mano, como amonestándolo—. Después que medite sobre esta lectura, vuelva a visitarme si quiere. Recién entonces estaremos en condiciones de entendernos.

Gabriel tomó la Biblia. En su casa también tenía una, que leía con regularidad. Pero no lo dijo. Se despidió del cura y se fué más liviano, las piernas más ágiles, la cabeza sin aquella nube indefinible que pesaba sobre ella.

V

Dos semanas después de la visita que Gabriel hiciera al Padre Pablo, la señora Alvarez tenía convulsionada la tranquilidad doméstica con las batallas cotidianas que debía librar con su hijo.

En las mañanas, Gabriel no salía de la cama a la hora acostumbrada. El resultado no se hizo esperar: en la oficina recibió una notificación de despido si en adelante no se corregía de su mala costumbre. A mediodía, una vez terminado el almuerzo, instalábase a escuchar

música, o bien, se entregaba a la lectura de su propia Biblia, pues la que le prestara el Padre Pablo no la había abierto siquiera. Prefería la suya, empastada en cuero negro, según una versión del griego de Casiodoro de Reyna y enfrascábase en ella, olvidándose de la hora y montando en cólera cada vez que se la recordaban.

—No vas a terminar hasta quedar sin empleo —le decía su madre.

De todos modos, el otro —el trabajo que le exigía una sociedad para no admitirlo a regañadientes en su seno— lo cumplía debidamente, partiendo a su oficina todos los días a responsabilizarse de una obligación que lo empequeñecía por el hecho de eludirla sólo a medias. A veces, envidiaba a su hermano Afrodísio, quién se sometía al cumplimiento de sus actividades con un excelente buen humor, con la creencia de que no existía otra cosa en el mundo.

Y no era casual que, en el último tiempo, Afrodísio hubiese perdido el respetuoso temor que le inspiraba su hermano. Toda su vida había envidiado la desenvoltura de su intelecto, consistiendo la suya en disimular a todo trance su propia envidia. Ahora, viéndolo cada día más absorbido en sus libros, descuidando de este modo al mantenimiento de la casa, no veía en él más que una víctima de los estragos causados por la lectura y por el excesivo cavilar. Un día, exasperado por la indolencia de Gabriel, se le acercó y rompió a hablar algo que, por lo sorpresivo, no pudo entender en el primer momento.

—Hablamos de tí —dijo Afrodísio—. “¡Ah! Se trata de una visita secreta que habrá hecho al Padre Pablo”. Oyó aún la vez de su hermano, muy distante y tamizada a través de sucesivos filtros, hasta llegar a él como descarnada e impersonal, que decía: —“Te puedo asegurar que no te tiene en un concepto muy alto...”

Gabriel no modificó su aire ausente, aunque parecía que las palabras escapadas irreflexivamente de los labios de su hermano, habíanle causado una impresión divertida, tal vez por haber sólo oído el ruido de sus palabras —esa especie de imperceptible chasquido musical que produce la lengua al reptar en su cavidad— y, luego, tomar conciencia de un hecho ya intuído, ya previsto; configurado en su pensamiento tan independientemente que, generándose a solas en su cerebro, para nada tenía algo que ver el vacilante relato de su hermano. Era otra cosa lo que lo sorprendía. Otra cosa.

—¿Qué motivos tenías tú para ir donde el Padre Pablo? —preguntó, sonriéndose.

—A tí nadie te entiende —dijo Afrodisio—. Te pones cada día más raro. Es imposible saber lo que piensas; a veces temo que hagas cualquier disparate...

—No temas; me falta valor...

Pero Afrodisio, aproximándose a la puerta, había desaparecido rápidamente, junto con su última palabra.

Por otra parte, las lecturas no daban ningún resultado positivo. Así, al cabo de dos semanas, Gabriel no sólo las olvidó, sino todo cuanto podía recordarlas. El efecto no fué el esperado por Afrodisio ni por su madre, bien que volvió a levantarse algo más temprano en las mañanas, pero aceptando de una manera fatalista sus obligaciones y actuando con una diligencia por completo mecánica, como de sonámbulo. Y de pronto, un día cualquiera, empezó a quejarse de unos dolores extraños. Afirmaba que se apoderaba de él un vago malestar y, al ser interrogado, respondía que no estaba totalmente seguro si eran sus riñones o su hígado los que dolían, pero lo más probable es que no fuesen ninguno de los dos, sino que le dolían las ideas, que en su circulación por el cerebro contagiaba a las células y éstas a la sangre, la que en su paso por el cuerpo lo iba estragando

LA DIFÍCIL JUVENTUD

todo. De allí que su malestar estuviese tanto en la uña del dedo gordo de su pie, como en la raíz de su cabello.

—Tú no estás enfermo; lo que tienes es otra cosa... —dijo la señora Alvarez, mirando a Gabriel inquisitivamente.

“Ella cree que estar con tifus o tener una afección cardíaca pueden ser las únicas enfermedades —pensó—. Pero estoy tan enfermo que ni siquiera me intereso por hacer un esfuerzo y desengañarla”.

—Creo que sería necesario que viera un médico, a pesar de su diagnóstico —le dijo a su madre—. Estoy pensando ir donde el Padre Pablo. ¿No es él uno de esos que miran a uno el iris del ojo y pueden decirle si está mal de los pulmones, del corazón o de lo que sea?...

—¡Pero una tontería como la tuya!... —estalló Afrodisio.

—¡Haz lo que quieras! —dijo la señora Alvarez, levantándose impaciente de la mesa.

Esperó unos minutos para que Afrodisio se fuera a su oficina antes que él a la suya y no estar obligados a irse juntos. Luego, en el momento de pasar frente a la Parroquia, se apoderó de Gabriel un deseo irresistible. Entraba a las tres a la oficina: disponía aún de media hora. Con decisión dirigió sus pasos a casa del Padre Pablo: a consultar con él la causa de sus dolores.

El cura se permitía, a veces, estando en casa, ciertas infidelidades reglamentarias. Lo encontró sin la sotana que cubría sus piernas esqueléticas hasta los tobillos. Vestía un pantalón gris y el negro chaleco eclesiástico subido hasta arriba, dejando ver el cuello blanco y marfileño, que sobresalía unos dos dedos y que se incrustaba en el mentón. Al verlo de esta manera, Gabriel tuvo la sensación de estar ante una persona conocida sobre la que no se guarda más que un vago recuerdo. Una presencia nueva que hacía el efecto de una nueva

persona, de otra persona. Y lo saludó familiarmente, casi como a un amigo de su misma edad.

El cura había terminado recién de almorzar y aun tenía entre sus dedos una servilleta que pasó por sus labios, brillantados por la deglución de alguna sopa grasosa. No parecía sorprendido ni tampoco satisfecho de verlo. Lo invitó a pasar, mientras no terminaba aún de masticar un resto de biftec. Porque era biftec... Así le pareció a Gabriel, toda vez que el Padre Pablo había llevado la larga uña meñique a uno de sus molares y había escarbado en él, produciendo un ruido de succión que a Gabriel se le antojó grato. "Un ruido de un ser que se ama digestivamente" —pensó—. Instalados ya en la pequeña sala y de pie uno frente a otro, Gabriel no tardó en explicar los motivos de su visita.

—Me encuentro muy enfermo, Padre Pablo —dijo.

—¿Qué le ocurre?

—No sé y es por eso que lo he venido a ver...

—Mi consulta es de tres a cinco —dijo el cura.

—Sí, lo sé, pero sólo a esta hora me es posible venir...

—Lo siento; no es hora de atención.

Gabriel no dijo nada de inmediato. Lo miró, como aturdido, con una expresión casi estúpida, pero luego tomó más estabilidad en el suelo, abriendo sus pies, y esta vez lo miró por un largo rato, aunque no con una expresión estúpida. Vió las gruesas arrugas sobre la frente del cura, que se formaban horizontalmente desde las cejas hasta el nacimiento del cabello, dando la impresión de estar suspendidas y unidas unas a otras como los pliegues de un abanico; los ojos abotagados y turbios, sin movimiento, que se defendían de la pesada corteza de los párpados y la boca empeñada aún en las succiones para desalojar de uno de los molares el resto de biftec. Y ahora, como si hubiese descubierto algo en lo que no

había reparado antes, Gabriel retrocedió, boquiabierto, uno, dos pasos, hasta mirarlo a distancia. Y recién, un convulsivo estremecimiento lo hizo salir de su abstracción.

—Perdóneme, Padre Pablo. Perdón por haberle causado una molestia —musitó.

Hizo ademán de irse, pero se detuvo. Antes —se dijo— debía hacer una reverencia, doblándose desde la cintura. “Una venia exagerada y caricaturesca...” El cura movió repetidamente la cabeza, significando; “Está bien, está bien”; se hizo a un lado para dar paso a Gabriel y éste salió.

En la calle, el viento tibio retozó sus orejas, luego, adhirióse a él, frotándose sobre su cuerpo, como si se empeñase en distraerlo a todo trance de la furiosa cólera que sentía que empezaba a desatarse en su interior. Ya no pensaba en la oficina. Sin saber para qué lo hacía, echó a caminar en grandes zancadas hacia su casa. “Esto sí que tiene gracia... Y todavía me presta un libro —se dijo—. Léalo con humildad. ¡Ja; Léalo con humildad... ¡Y de qué le ha servido a él!”

Caminaba ciego, sin fijarse en dónde pisaba y llegó por fuerza de la mecánica costumbre hasta la puerta de su casa. “¿Y aquí qué hago? ¿Para qué he venido?” —se preguntó. Sin embargo, abrió la puerta y, apenas la hubo traspuesto, supo con certeza para qué había ido. La señora Alvarez lo vió entrar y dirigirse a su pieza. En muy contadas ocasiones le sorprendía ese paso violento, casi destructor y ella sabía que cuando esto ocurría algo malo pasaba por su cabeza. Lo oyó —más que lo vió— pasearse de un lado a otro en su pieza; detenerse, luego, y empezar a revolver el estante de libros. Varios de ellos cayeron al suelo con un ruido esponjado. Quizás los apartó de un puntapié y siguió revolviendo hasta encon-

trar, al parecer, lo que buscaba. Lo vió salir con la Biblia empastada en rojo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó la señora Alvarez y miró el grueso libro, como viendo en él algo fatídico.

—Nada.

—¿Dónde vas con ese libro?

—No sé; a ninguna parte.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa?

—Fíjese, madre... No pasa nada excepcionalmente importante, sin embargo, algo que es suficiente para llevarlo a uno a un cambio radical de vida.

—¿Estuviste con el Padre Pablo?

Gabriel la miró con una expresión cómica. “¡Qué intuición tiene a veces!” —pensó.

—Sí; estuve con él.

—Ya te había dicho yo que no te metieras con él...

—No recuerdo que me lo haya dicho...

—Es un neurasténico; ya te lo había dicho...

—¡Cállese, madre! Nunca me lo había dicho, pero eso no importa. Este libro —dijo, poniendo el volumen en las narices de su madre— no tiene por qué hacer neurasténica a una persona, ¿no lo sabe usted? En cuanto al Padre Pablo, es un ser amargado, un fracaso como hombre... Y él supo encontrar la solución; no crea que por otro motivo lleva sotana.

—¿Y qué vas a hacer con ese libro? —preguntó la señora Alvarez, aumentando por grados su desasosiego.

—Devolvérselo. Y debería hacerlo con una inscripción que dijera: “Si este libro ha formado su humanidad, merece que fuera quemado”.

—¡Por Dios, qué disparates!...

La señora Alvarez quiso decir algo más, que no pudo salir de su boca, que no supo tampoco cómo decirlo. De nada valía ya: Gabriel se había lanzado a la calle y sólo pudo descorrer los visillos para mirar a través de la

ventana y ver cómo se alejaba con ese paso que temía. Que amaba a pesar suyo.

En el camino, Gabriel se halló empeñado en establecer un extraño conocimiento: de que si alguien lloraba como él, cómo lo oiría; cómo él mismo oiría, ese mismo sollozo suyo, fuera de sí mismo. Pero su garganta no emitió sonido alguno, porque él comprendió —su cerebro antes que su garganta— que las cosas no podían ser de otro modo y que no podían vivir separadas de cierta aridez irrevocable. Y que el descubrimiento le costaba algo así como volverse repentinamente más viejo. Una vejez echada sobre su cabeza en un par de segundos, aunque insinuada implacablemente a través de algunos largos años que la habían precedido.

Y que la cosa residía en que algunos seres nacían para conocerla y otros para ignorarla.